

El mismo musiú con distinto cachimbo

OSCAR J. RIVERA

El mes de marzo ha sido pródigo en acontecimientos tanto en Guatemala como en El Salvador. Demográficamente hablando, son los dos países más poblados de Centroamérica; industrialmente, los más desarrollados y sociopolíticamente los que están sumidos en crisis más agudas. Todos estos factores inciden para que el curso político que los dos países siguen esté siendo especialmente movido y para que las fuerzas en juego, tanto externas como internas, pugnen por lograr la mayor influencia posible en el desarrollo de lo que allá acaece. Pero no hay que engañarse al respecto. Los acontecimientos a que nos vamos a referir están presididos por el signo burgués e imperialista y el carácter de alternativa que pretenden tener no constituye sino una cortina de humo que busca sorprender a los incautos, brindar legitimidad a una hegemonía burguesa gravemente amenazada y consagrar los reacomodos de poder como procesos políticos no sólo legítimos sino incluso como propiciadores de la paz social, del desarrollo económico y de la institucionalidad democrática. Que esto es una falacia se verá mejor acercándonos a esos sucesos. Comencemos por Guatemala.

ELECCIONES EN GUATEMALA

El 7 de marzo se llevaron a cabo elecciones en Guatemala. A ellas concurren cuatro candidatos: uno militar y tres civiles. Todos ellos de derecha aunque cada uno representando un matiz peculiar y unos intereses burgueses específicos. Guevara, ministro de la defensa de Lucas García, representaba el más estricto continuismo en la política corrupta y represiva del régimen luquista y estaba avalado por la cúpula gobernante. Anzuetto Vielman era el representante de sectores empresariales que rinden culto a la libertad de empresa, tienen a Milton Friedman por patrono y propugnaban un programa económico groseramente calcado del de Reagan: disminución de impuestos y elevación en los gastos de defensa. Sandoval Alarcón y el MLN representan a los sectores terratenientes más atrasados y combativos de Guatemala que luchan bajo la

bandera del anticomunismo más primitivo y tienen como más afines dentro del espectro político latinoamericano a Stroessner y, hasta hace un par de años, a Somoza. Por último, Maldonado Aguirre, presentado insistentemente en Venezuela como socialcristiano, no es en realidad sino un tráfuga del MLN en el que hasta hace poco tiempo militó y del que salió no tanto por razones ideológicas cuanto por las clásicas pugnas de poder personalistas. A falta de posibilidades propias, la Democracia Cristiana guatemalteca apoyó a Maldonado Aguirre y, lo que es más importante de todo, se granjeó las simpatías de Washington que, a medida que avanzaba la campaña electoral, mostró cada vez más inequívocamente que quería el triunfo de Maldonado. Este apoyo tan inestimable hizo que Maldonado coqueteara con sus aliados socialcristianos y hasta que se dejara arropar por la bandera verde que tantos puntos cotiza en estos momentos en el mercado de valores políticos latinoamericanos en el Washington de Haig y Reagan. El resto de fuerzas políticas guatemaltecas, conscientes de los dos fraudes electorales anteriores —1974 y 1978— y del carácter extremadamente represivo de la dictadura luquista, se negaron a participar en la patochada electoral.

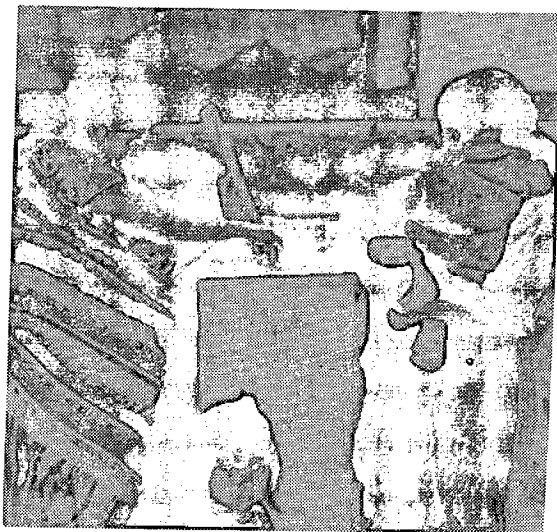
Porque patochada fue lo que ocurrió allá el 7 de marzo. El índice de abstención fue extremadamente elevado (alrededor del 60 por ciento según cálculos oficiales) y el recuento de votos sumamente irregular. Los tres candidatos civiles denunciaron el fraude electoral pero el gobierno de Lucas, sin saber que aquél era su canto de cisne, ignoró estas denuncias e impuso a su candidato: el general Guevara. Las protestas duraron dos o tres días y después pareció que aquello era un hecho consumado y que la rueda del recambio castrense bajo el disfraz de la formalidad democrática había funcionado eficazmente una vez más. Lucas, esta vez, se equivocó.

EL GOLPE DE ESTADO

A mediodía del 23 de marzo tropas del ejército rodearon el palacio presidencial y, tras una negociación de varias horas, Lucas García se rindió y abandonaba

el poder. En las primeras horas del golpe las noticias resultaban confusas y contradictorias: el golpe lo daban jóvenes militares; se anunciaba una primera junta de gobierno de cinco miembros de los cuales cuatro eran militares de baja graduación; después se anunciaba otra junta de tres miembros; el golpe parecía provenir de la fuerza aérea; Sisniega Otero, que era el segundo de a bordo del MLN, es quien lee la proclama de la nueva junta y Ríos Montt es llamado a presidirla. Pero el carácter confuso y contradictorio de estas noticias no quiere decir que no respondan a una lógica y que no puedan tener una interpretación. Reconstruyendo los hechos resulta perceptible la influencia norteamericana, por una parte, y la cordada política de los militares golpistas, por otra.

El golpe partió efectivamente de la fuerza aérea y ello no es casual dado que los oficiales de este arma son los que tienen más vínculos con Estados Unidos y a la vez son los que tienen una hoja de servicios menos sangrienta y represiva por lo que pueden presentarse con una imagen menos manchada. En cuanto se puso en marcha el golpe, los oficiales golpistas llamaron por la emisora que tomaron a Ríos Montt, por una parte, y a Sisniega Otero, por otra. Lo primero respondía perfectamente a la seña trazada por el coach de pitcheo; pero lo segundo constituyó un "wild pitch" para usar terminología beisbolera. Porque en efecto, Ríos Montt reunía todas las condiciones que lo convertirían en el candidato ideal de Washington para encabezar la nueva junta de gobierno: general y por tanto conocedor del ejército guatemalteco, triunfador real de unas elecciones fraudulentas en 1974 y por consiguiente víctima democrática del régimen anterior, con simpatías entre los partidos políticos y con fama de honestidad personal. Salvo su condición de militar, el paralelismo con Napoleón Duarte era perfecto y por ello no es extraño que el Canciller salvadoreño se apresurara a expresar su complacencia por el golpe. Sin embargo, el que Sisniega fuera llamado y que él leyera la primera proclama de la junta, respondía a las afinidades políticas de una buena parte de



Primero, votos... después, tanques... después...

los golpistas con el MLN, pero resultaba un grave riesgo que podía dar al traste con los esperados efectos del golpe. Por otra parte, con el golpe desencadenado pero todavía no culminado, ciertos sectores de la alta oficialidad luquista, convencidos de la imposibilidad de defender la persona de Lucas, se plegaron al golpe pero exigieron su participación en la junta y el respeto al carácter vertical de la cadena del mando castrense. Con ello se transigió y por eso en vez de la primera junta de cinco miembros con varios oficiales jóvenes en ella que se anunció inicialmente se constituyó otra de tres miembros, dos de ellos generales y el tercero coronel. Cada uno representaba a distintos sectores. Ríos Montt presidía la junta por contar con la aquiescencia de Washington, y por sus nexos con la Democracia Cristiana; Maldonado Shaad era el alto oficial de Lucas —comandante de la principal guarnición de la ciudad de Guatemala— que tenía nexos con el MLN, y Gordillo representaba a la fuerza aérea que encabezó el golpe. La junta revela, pues, una situación de difícil equilibrio y por ello el carácter estrictamente militar de la junta, al menos por el momento, expresa el deseo de realizar ajustes en el ejército y de clarificarse políticamente antes de enfrentar el problema nacional en cuanto tal. De ahí que los nuevos ministros sean buscados apresuradamente entre funcionarios con menor rango en el gobierno anterior; de ahí que los partidos políticos sean congelados; y de ahí que las promesas políticas sean deliberadamente vagas.

Una primera conclusión que se extrae de este golpe es que no cabe abrigar muchas esperanzas sobre cambios en Guatemala. El golpe responde más al interés

por acicalar la dictadura y moderarla hasta donde sea posible en sus más hirientes aristas que al de erradicarla. El escepticismo parecería la actitud más realista ante el nuevo gobierno militar aunque no cabe descartar que la dictadura, ahora remozada, se vea obligada a abrir ciertos espacios políticos que el pueblo guatemalteco pueda usar en su larga y sangrienta lucha por conseguir la libertad y la democracia que hace veintiocho años le fuera arrebatada por el imperialismo norteamericano (el golpe de la CIA contra Arbenz en 1954).

LAS ELECCIONES DE EL SALVADOR

El 28 de marzo se celebraron las elecciones generales en El Salvador con el propósito formal de organizar una Asamblea Constituyente de 60 diputados. Desde meses antes las posiciones estaban decantadas en torno al significado, valoración y legitimidad de estas elecciones. Para Estados Unidos y sus corifeos socialcristianos, tanto salvadoreños como venezolanos, estas elecciones eran: 1) la alternativa política frente a todo tipo de solución negociada por acabar con la guerra que desde hace dos años aflige a este país; 2) la inauguración de un camino democrático para lograr la pacificación del país; y 3) el mecanismo incuestionable de legitimación de un proyecto político ideado por los Estados Unidos, propuesto por la Democracia Cristiana salvadoreña y apoyado externamente por los firmantes de la declaración de Caracas en agosto pasado: Venezuela, Colombia, las dictaduras del Cono Sur, Guatemala y República Dominicana. Por su parte, el FDR-FMLN, la Internacional Socialista, México, Cuba y Nicaragua consideraban las elecciones como una maniobra políti-

ca, carente de posibilidades legitimadoras, como una farsa incapaz de auscultar el sentir del pueblo salvadoreño y, en definitiva, como un proyecto ni válido ni legítimo para ofrecer una solución a la crisis de El Salvador. Como contrapropuesta a las elecciones propiciaban una negociación de las fuerzas políticas y militares involucradas en el conflicto. Pensar en elecciones antes de haberse conseguido la paz les parecía, con toda razón, un sinsentido.

Tras meses de pugnas en torno a este punto, las elecciones finalmente se celebraron. Lo que aquí se pretende es analizar la significación de las elecciones una vez que han sido consumadas y los resultados que éstas han arrojado.

Las elecciones han resultado, en primer lugar, un mecanismo privilegiado para polarizar al pueblo salvadoreño y para echar leña al fuego del conflicto. Tras la cortina ideológica de que las elecciones eran el mejor procedimiento para dirimir las diferencias políticas en El Salvador, lo que han significado es una apuesta por una victoria militar, inviable a todas luces. Y por ello la responsabilidad ética de quienes han propugnado este acto en estas condiciones es inmensa. La bandera de paz que estas elecciones decían ser, escondía una tea incendiaria que ahora, tras su consumación, se revela en toda su magnitud.

En segundo lugar, las cifras de las elecciones, a pesar del interesado manejo que se les ha querido dar, han brindado severas enseñanzas para todos los sectores involucrados en el conflicto. El hecho, ignorado sistemáticamente por las agencias noticiosas, de que un millón de salvadoreños en condiciones de hacerlo no han votado significa que el 50 por ciento de

los salvadoreños adultos o no creía en las elecciones, o estaba decididamente contra ellas o estaba imposibilitado de votar como consecuencia de la situación de guerra. Y ello constituye de por sí un radical cuestionamiento tanto a la oportunidad y la eficacia de las elecciones como a su validez y legitimidad. Los datos ofrecidos por el Consejo Central Electoral de que el universo total de electores era de 1.300.000 están en estricta contradicción con las estadísticas demográficas de El Salvador que arrojan, muy por el contrario, un número aproximado de

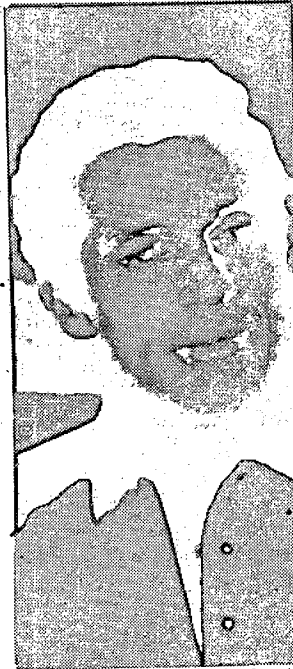
2.000.000 a 2.220.000 electores potenciales.

Pero el otro hecho de que un millón de salvadoreños sí ha votado significa una derrota táctica para el movimiento revolucionario y una victoria pírrica para los promotores de las elecciones. Con respecto a la primera afirmación no queda duda de que ha votado mucha más gente de la que esperaba el FDR y que en ese sentido la campaña ideológica en pro de las elecciones se ha apuntado un tanto importante sobre quienes se oponían a ellas. Pero no conviene apre-

surarse en este punto sino más bien ponderar cualitativamente el significado de los resultados concretos obtenidos por los partidos contendientes en esta especie de primarias de la derecha. Y lo que esos resultados nos dicen es que el 60 por ciento de los votantes lo han hecho por los partidos llamados de la extrema derecha mientras que el 40 por ciento restante lo ha hecho por la democracia cristiana. El esquema manejado en el exterior a instancias de la D.C. de que a las elecciones concurren los moderados —ellos— y la extrema derecha —los demás— no es percibido así en El Salvador donde más bien las opciones son vistas en términos de alternativas nacionalistas —las de la extrema derecha— y alternativas cipayas —la D.C.—. Por eso el voto por la extrema derecha tiene dos componentes importantes: es un voto nacionalista y es un voto anti-ingerencista. Significa una opción por resolver los problemas de El Salvador “a la usanza salvadoreña”, por decidir internamente cómo debe conducirse la guerra y la política y por atribuirse exclusivamente el derecho a manejar los asuntos salvadoreños. Y por la misma razón este voto constituye un rechazo a la ineficacia demócratacristiana por pacificar el país y un repudio al carácter colonial de la administración Duarte, pendiente hasta en sus más mínimos detalles del aliento y aprobación metropolitana. Indirectamente es, pues, un voto por la independencia. Finalmente, el 40 por ciento de los electores y por lo tanto, el 20 por ciento de los votantes han optado por la Democracia Cristiana y han dado un voto de confianza a Duarte y sus padrinos foráneos.

De modo, pues, que a lo que han conducido estas insensatas elecciones ha sido a una radicalización de las posiciones ya polarizadas, a un alejamiento de las soluciones reales, a una dificultad mucho mayor para que las negociaciones —única vía de solución— puedan realizarse y a lanzar al pueblo salvadoreño, tan martirizado ya, a una espiral de violencia antes que a sacarlo de ella.

Para la Democracia Cristiana salvadoreña y para sus aliados y patrocinadores estas elecciones han supuesto una derrota política y la muestra manifiesta de una bancarrota ética y a ellos cabe la inmensa responsabilidad por esta derrota de la paz para el pueblo salvadoreño. Y para quienes amamos la causa de este pueblo estas elecciones nos significan la necesidad por redoblar esfuerzos para propiciar la solución que dé paz, justicia y libertad a El Salvador.



D'Aubuisson el “asesino psicópata”, verdadero triunfador de estas insensatas elecciones

Más lejanas las reales soluciones para el martirizado pueblo salvadoreño